

Segundo Premio Cuento Breve
Categoría Socios (año 2001)
Autor: Dr. Ricardo Topolanski
Seudónimo: "Álamo"

El charco

El verano transcurría tórrido y húmedo ese año. A mediados de febrero se manifestó especialmente cálido y pesado. Fue por ese entonces que acompañé a mi mujer, quien debió hacer una visita profesional, al viejo y deteriorado Hospital Vilardebó.

La noche anterior llovió copiosamente. El piso del amplio patio embaldosado donde nos encontrábamos, presentaba algunos desniveles, sobre todo alrededor del tronco de un grueso árbol –una anacahuita– cuyas raíces eran las responsables de los mismos. En esos desniveles persistían algunos charcos de agua, resultado del diluvio nocturno.

Mientras mi mujer se ocupaba de las tareas que nos llevaron al nosocomio, me entretuve observando diversos aspectos del lugar. Sentado en un antiguo banco a listones, de hierro, que seguramente compartía la antigüedad del viejo *loquero* de Montevideo, pero que no por ello dejaba de ser bastante cómodo, pude comprobar el lamentable estado de conservación del edificio.

Justo al lado del banco pude observar una puerta que originalmente daba acceso a la iglesia del hospital. La misma, de roble macizo, tenía un sencillo pero hermoso pomo de porcelana blanca, sobre el que alguien había escrito con *dry pen* una letra H. Los

paños inferiores de ambas hojas de la puerta habían sido arrancados, lo que me permitió ver que ésta, que alguna vez permitió entrar por uno de los costados a la iglesia, ahora no conducía a ningún sitio. A través de la abertura que dejaban los paneles faltantes se podía ver una pared revocada en forma grosera. Se trataba por lo tanto de una puerta que no dejaba pasar hacia adentro, ni tampoco salir de la iglesia.

No es por nada, medité, pero cuando uno visita el manicomio, poblado de personajes más o menos trastornados, el ver una puerta que se abre hacia una pared lo hace pensar a uno que hasta el viejo edificio se contagió, con los años, de los males que con diversa intensidad aquejan a sus ocupantes.

Sentado en el banco contemplaba el largo corredor que flanquea el patio, abierto hacia el mismo por una hilera de arcadas de descascarados revoques que dejan ver al desnudo su estructura de ladrillos. Por el corredor deambulaban en uno u otro sentido diversas personas internadas en el hospital. En su gran mayoría eran hombres, pues nos hallábamos en el sector de los pabellones masculinos. Todos, salvo algunos médicos o enfermeras de ambos sexos que por allí pasaban, estaban mal vestidos, muchos sin afeitar, desprolijos, arrastrando los pies calzados con chancletas.

Mi vista se fijó sobre el embaldosado del patio, notoriamente más nuevo que el edificio, pero igualmente deteriorado. Se trataba de un diseño de cuatro baldosas blancas y cuatro negras, dispuestas en damero, en paralelo con los límites naturales del patio. Con toda seguridad en algún momento sustituyeron a las originales de mármol de Carrara, que ostentaron todos los edificios públicos de

Montevideo construidos en el siglo XIX, y cuyo destino actual es un misterio.

Imperceptiblemente mi vista se fijó en uno de los charcos. El sol inclemente, que ahora brillaba a sus anchas en un cielo sin nubes, permitía reflejar nítidamente, sobre todo en las baldosas negras, el movimiento que se originaba en el corredor al paso de la gente. Debido a la poca extensión del charco, sólo podían verse reflejadas, pero en forma invertida, trozos de piernas desplazándose en uno u otro sentido. Las imágenes me intrigaron.

Me levanté del banco, que estaba a la sombra, y me acerqué al charco, intensamente iluminado por el sol. A medida que iba arrimándome al borde, el panorama visual iba cambiando: una profunda bóveda de ramas y hojas, reflejo de la frondosa anacahuita, apenas dejaba ver muy a los lejos, en lo más profundo del charco, algunos atisbos de un cielo infinito que me cautivó, sin que pudiera detenerme. Atraído por una misteriosa fuerza me fui acercando cada vez más para observar, mirando hacia abajo el hermoso espectáculo de la bóveda invertida del frondoso árbol. Quedé extasiado mirando la filigrana tejida por las finas y delgadas hojas y los cambiantes aspectos de la luz, que cual chispazos, se filtraba desde la profundidad gracias al leve balanceo que la brisa provocaba en las hojas. Sin darme cuenta, facilitado tal vez por el intenso calor reinante, debí caer en una suerte de trance y, literalmente, caí también en el fondo de la bóveda invertida, que me atrajo en forma irresistible hacia su seno, sin que pudiera evitarlo.

Lo malo de todo esto, es que ahora que el agua del charco se evaporó, no sé cómo hacer para salir de entre las ramas de la anacahuita. ❖